

# 15. Viernes ajetreado - La Madre del Aprendizaje

## Capítulo 015 Viernes ajetreado

Zorian sintió cómo se acercaba la canica cargada de maná, pero no se movió. No podía distinguir si iba dirigida a la izquierda o a la derecha, pero sabía que no apuntaba a su frente. Siempre podía darse cuenta cuando lo hacía. Siempre. No comprendía exactamente cómo lograba detectar eso con tanta certitud, si no podía ubicar con precisión hacia dónde iba la canica, pero agradecía esa habilidad. Solo deseaba poder replicar ese éxito en el ejercicio en general.

La canica sobrepasó su ubicación con un silbido, y luchaba por identificar por qué lado había pasado.

—¡Izquierda! —intentó.

—Erróneamente —dijo Xvim con tono apático—. De nuevo.

Otra canica fue lanzada hacia él. Esta tampoco iba dirigida a su frente. Realmente no era sorprendente; Xvim dejó de hacer eso cuando se dio cuenta de que Zorian podía identificar esas situaciones con absoluta precisión. No sería justo darle puntos gratis a Zorian, después de todo.

—¡Derecha! —exclamó él.

—Erróneamente —respondió Xvim de inmediato—. Otra vez.

Zorian frunció el ceño detrás del antifaz. ¿Era solo una ilusión o en realidad estaba empeorando en esto con el paso del tiempo? Algo era claramente incorrecto. Al principio de la sesión acertaba más de la mitad de las veces, pero ahora siempre fallaba. Pensaba que, al menos por azar, debía acertar alguna vez, por inevitabilidad estadística si no por otra cosa. ¡Solo había dos posibilidades!

Por eso, cuando Xvim lanzó la siguiente canica, Zorian rápidamente se quitó el antifaz para ver qué ocurría.

La canica voló directa sobre su cabeza.

¡Maldito hijo de puta!

—No te dije que podías quitarte el antifaz —dijo Xvim con calma, como si Zorian no lo hubiera pillado en flagrante.

—¡Eso es hacer trampa! —protestó Zorian, ignorando por completo el comentario de Xvim—. ¡Claro que no puedo adivinar correctamente si ni siquiera respetas tus propias reglas!

—No se supone que debas adivinar, señor Kazinski —dijo Xvim sin pedir perdón—. Se trata de percibir.

—Estoy percibiendo —masculló Zorian.

—Si realmente percibieras, habrías notado lo que estaba sucediendo mucho antes, y no habrías tenido que quitarte el antifaz para detectar el problema —dijo Xvim—. Ahora deja de perder el tiempo y vuelve a ponértelo para que podamos seguir.

Zorian maldijo mentalmente a Xvim, pero obedeció. Por mucho que odiaba admitirlo, tenía que reconocer que muchas palabras del otro tenían verdad. La mayor parte del tiempo, simplemente adivinaba desde qué lado llegaban las canicas, confiando en el instinto en lugar de una percepción clara de su posición. Pero no era culpa suya que no lograra seguir con precisión un objeto que se movía tan rápido, apenas perceptible a través de las débiles emisiones de maná; según los libros, esa era una habilidad sumamente avanzada que requería años de entrenamiento. Honestamente, exigirle a un estudiante que dominara esto en su tercer año era totalmente irracional. Pero, en definitiva, era típico de Xvim, suponía. Al menos ya no tendría que preocuparse por que le dieran un golpe en la cabeza.

El resto de la sesión fue típico, esto es, repetitivo y tedioso. Aunque, en realidad, ¿qué parte de la escuela no lo era a estas alturas? Llevaba más de un año atrapado en ese bucle temporal, y fingir atención en clase comenzaba a ser cada vez más difícil. La tentación de seguir el ejemplo de Zach y marcharse a buscar otros sitios durante algunas reinicios era grande, pero no podía. Por un lado, sería irresponsable desperdiciar ese tiempo cuando podía dedicarse a mejorar habilidades que le ayudaran a resolver este enigma. Por otro lado, no quería llamar la atención sobre sí mismo. Ahora que lo pensaba, probablemente aún recordaban cómo habían interactuado anteriormente, y había un posible tercero en consideración. Cancelar las clases por completo sería totalmente fuera del carácter que solía mostrar y levantaría muchas miradas. Ya jugaba con el riesgo al acompañar a Kirielle y faltar a casi un cuarto de las clases para hacer lo suyo, pero esas ausencias tenían explicaciones razonables. Si su estrategia actual no producía resultados, tendría que abandonar esa farsa y preservar la cordura, aunque no era algo urgente. Tenía problemas más importantes en qué concentrarse, así que pospuso esa decisión para más adelante, cuando y si fuera necesario.

Tras su sesión con Xvim, se dirigió a la biblioteca para informar a Kirithishli. Por lo general, los viernes no acudía al trabajo, ya que tratar con Xvim solía arruinarle el ánimo muy rápidamente, pero hoy se sentía perfectamente bien. Parecía que se estaba acostumbrando a las payasadas del molesto hombre.

“¡Zorian!” saludó Kirithishli con entusiasmo. “¡Qué suerte! Acabamos de recibir un nuevo envío hoy y Ibery tuvo que irse temprano a casa.”

“Eh, de acuerdo,” respondió Zorian lentamente. Estaba a punto de preguntar qué tipo de envío había llegado, pero luego decidió que era una pregunta tonta. Claro que era un envío de libros. “¿Qué quieres que haga?”

“Solo desempaqueta los libros de sus cajas y sepáralos en categorías aproximadas,” le indicó Kirithishli, señalando en dirección a una pequeña montaña de cajas. “Yo los revisaré en más detalle más tarde para decidir qué hacer con ellos.”

“¿No sabes qué hacer con ellos?” preguntó Zorian, desconcertado. “¿Entonces por qué los pediste?”

“Yo no,” afirmó Kirithishli, negando con la cabeza. “Alguien donó su biblioteca personal a la academia. Esto sucede de vez en cuando. A veces, la gente deja sus libros en testamento, o quienes heredan no los necesitan y no pueden venderlos. Muchos libros antiguos solo sirven como curiosidades históricas y, en ocasiones, ni siquiera eso. Para ser honesto, la mayoría de estos libros en estas cajas serán eliminados.”

“¿Oh?” preguntó Zorian, abriendo una de las cajas y sacando uno de los libros apilados dentro. Era un manual sobre el cultivo de ciruelas. La portada indicaba que fue publicado hace veinte años. “Eso me sorprende. Recuerdo claramente que dijiste que los bibliotecólogos deberían preservar todo lo que puedan en lugar de escoger lo que consideran ‘bueno’ o ‘útil’.”

“Cállate,” gruñó Kirithishli, lanzándole un golpe distraído que Zorian esquivó. “Es un ideal a seguir, no una ley inquebrantable. Solo hay tanto espacio en la biblioteca, por mucho que parezca grande. Además, la mayoría de estos libros son duplicados de otros que ya tenemos. Deja de ser tan listo y ponte a trabajar.”

Zorian se puso en marcha, desempaquetando caja tras caja. Kirithishli le entregó un enorme libro que contenía listas tras listas de los libros más comunes que recibían en estos envíos, y le indicó que lo utilizara para separar los duplicados evidentes del resto. Por supuesto, usar el libro manualmente para encontrar las coincidencias sería un problema total, sobre todo porque las letras estaban en una impresión muy pequeña para poder incluir muchas palabras en cada página, pero Zorian entendía que estaba diseñado con otra finalidad. Una de las magias que aprendió de Ibery en los reinicios anteriores consistía en hacer una lista de términos a buscar y, luego, conectar esa lista mediante un hechizo de adivinación a un libro objetivo que se quería explorar. En aquel entonces le parecía algo inútil, pero ahora se dio cuenta de que fue creado justamente con este tipo de tareas en mente. Y probablemente, el gran libro de referencia, tan compacto y lleno de información, también había sido pensado para funcionar con ese hechizo.

Casi dos horas y veinte listas escritas apresuradamente después, había separado los duplicados del resto de los libros y estaba revisando uno de los grimorios que había encontrado en las cajas, cuando Kirithishli finalmente regresó de donde había desaparecido tras asignarle la tarea. Su rápido progreso la sorprendió, ya que no tenía idea de lo bien versado que estaba en magia bibliotecaria, y además, parecía algo decepcionada.

—No eres nada divertida—suspiró dramáticamente—. Quería mostrarte ese truco cuando regresara, después de que pasaste dos horas buscando minuciosamente cerillas en ese monstruo de libro. La expresión en tu rostro habría sido absolutamente priceless.

Zorian simplemente levantó una ceja en señal de interés, pero guardó silencio. Kirithishli mostró su madurez haciendo con la lengua un gesto infantil, como una niña de cinco años, antes de echarle

un vistazo al libro que hojeaba.

—¿Has encontrado algo interesante?—preguntó.

—No realmente—respondió Zorian, cerrando el libro de golpe. No había nada particularmente interesante en su interior.—Esperaba encontrar un libro sobre magia antigua poderosa y cosas por el estilo, pero no tuve suerte.

Kirithishli soltó una carcajada. —Aunque hubieras encontrado algo así, te serviría de muy poco. Contrario a lo que varias novelas de aventuras pueden haberte hecho creer, la magia antigua suele ser casi siempre inferior a la magia que conocemos ahora. Esos hechizos que se pierden se pierden por una buena razón: generalmente por ser demasiado imprácticos, requerir ingredientes o condiciones que ya no existen, o porque serían considerados éticamente inimaginables en la era moderna. Por ejemplo, sería difícil encontrar participantes para rituales de magia orgánica en estos días, y los hechizos volcánicos de Heruan dependían de unas condiciones específicas en un volcán en particular que no ha estado activo en más de 200 años.

Zorian parpadeó. —Oh. Vaya, qué decepción—.

—Exactamente—coincidió Kirithishli—Y aún cuando estos hechizos puedan conjurarse sin problemas, suelen ser sumamente inflexibles y demorados en su ejecución. Los magos de antaño no poseían las habilidades de moldear la magia como los magos modernos, por lo que compensaban haciendo que sus hechizos fueran largos y hyperspecializados. Por ejemplo, existían cientos de hechizos para cambiar de color, pero la mayoría solo diferían en el color al que los afectados podían cambiar las cosas. En épocas recientes, ha prevalecido la tendencia a generalizar los hechizos, ya que los avances en entrenamiento permiten a los magos modernos compensar la falta de precisión con el control exhaustivo que poseen sobre su magia.

—De esto se deduce que muchos hechizos antiguos quedan obsoletos ante un mago bien entrenado—concluyó Zorian—. Siempre he sabido que la historia que nos cuentan está exageradamente idealizada respecto a nuestros antepasados. La forma en que describen la desertificación del norte de Miasina (se negó a llamarla 'Catástrofe', como si fuera un evento natural fuera de control Ikosiano) y la posterior migración a Altazia evidencia que la versión oficial es dulcificada. Pero no había pensado que los ikosianos también fueran malos magos además de ser unos necios arrogantes—. Son capaces de ser tan cortos de miras que sólo uno de esos elementos explicaría por qué hay tantas reglas y restricciones actuales. "Y tienes que ser uno si quieres obtener la certificación. Siempre me pregunté por qué tantos hechizos fáciles son clasificados como de primer círculo. Pensé que tal vez la guilda los clasifica así para fomentar las certificaciones, pero al parecer muchos de esos hechizos no eran tan triviales cuando se los calificó por primera vez."

—Eso, pero también hay que considerar las cosas desde la perspectiva del creador del hechizo—dijo Kirithishli—. Es mucho más prestigioso y lucrativo crear un hechizo de primer círculo que uno de círculo cero. Por eso casi nunca clasifican un hechizo como menos que de primer círculo, y la guilda se los deja pasar, probablemente por la misma razón que tú mencionaste. Una persona decidida podría lograr que la guilda reduzca la clasificación de muchos de estos hechizos,

pero haría muchos enemigos, especialmente entre los grupos interesados en los creadores de hechizos. Sería una tarea ingrata, y siempre tendrías que estar atento a que intentaran revertir los cambios.

Zorian asimiló esta información en silencio. Por supuesto, no tenía intención de involucrarse en esas altas esferas de la política, ni en la línea temporal ni fuera de ella. Si había algo que sus padres le habían inculcado con interminables sermones, era que sus fortalezas no residían en ese ámbito. Claro está, quizá esos sermones no estaban diseñados para que él lo descubriera, pero ese no era su problema. Sin embargo, detalles como estos resultaban útiles; en el futuro, tendría que instar a Kirithishli a que le contara más historias.

- pausa -

Cuando Kirithishli le indicó que fuera a casa, Zorian, sin duda alguna, aceptó con agrado. Había sido un día largo (y monótono), entre las clases habituales, su sesión con Xvim y el trabajo en la biblioteca, y lo que realmente anhelaba era volver a casa de Imaya y relajarse. Lamentablemente, eso no pudo ser, porque en el momento en que salió de la biblioteca, un hombre de aspecto sospechoso, que lo había estado esperando justo fuera de la entrada, lo abordó.

Quizá, “abordó” era una palabra demasiado fuerte — técnicamente, el hombre en cuestión simplemente se recargaba en un pilar junto a la entrada, sin bloquearle el paso ni dirigirse a él. Sin embargo, en cuanto el hombre levantó la vista y sus ojos se cruzaron, Zorian supo que había estado esperando solo a él, y a nadie más. De mediana edad, vestido con un traje barato y arrugado, y sin afeitarse, casi parecía uno de los muchos indigentes de Cyoria, pero en su postura había una confianza que no encajaba con esa imagen.

Se detuvo en seco, y un silencio incómodo descendió en la escena, mientras ambos analizaban al otro. Zorian no tenía idea de quién era aquel hombre ni qué pretendía hacer con él, pero no estaba dispuesto a ser generoso. No había olvidado cómo le intentaron asesinar en uno de los reinicios iniciales, y no deseaba repetir esa experiencia.

—¿Zorian Kazinski? —preguntó finalmente el hombre.

—Así es —confirmó Zorian—. No creía que mentir fuera útil, y era mejor enfrentarse a su adversario cerca de la biblioteca que ser emboscado en una calle vacía de camino a casa.

—Detective Haslush Ikzeteri, del departamento de policía de Cyoria —dijo el hombre—. Ilsa me envió para ser tu instructor en adivinación.

Zorian no supo qué decir. ¿Ilsa había escogido a un detective como instructor? Esto echaba por tierra su idea de convencer a su nuevo instructor en adivinación de que le enseñara las habilidades restringidas que necesitaba para investigar este asunto del ciclo temporal. ¿Por qué tenía que ser de la policía, de todas las instituciones?

—Eso está muy bien —dijo Zorian con indiferencia—. Ya me preguntaba cuándo encontraría a alguien Ilsa.

Si su falta de entusiasmo molestó al hombre, no lo mostró. Dio la espalda y empezó a caminar, haciendo un gesto para que Zorian lo siguiera.

—Vamos, chico, busquemos una taberna donde podamos sentarnos —dijo, metiendo las manos en los bolsillos de su chaqueta.

Ah, sí, una taberna — el entorno perfecto para aprender. ¡Dioses! No solo era detective, sino que también resultaba poco profesional. Su aspecto desaliñado lo delataba desde un principio, pero Zorian intentaba no juzgar demasiado por las apariencias: demasiadas personas ya lo hacían a él, y eso siempre le resultaba muy molesto.

Sus pensamientos debieron reflejarse claramente en su expresión, porque el hombre pronto comenzó a justificarse.

—Vamos, no me mires así —dijo el hombre—. No vamos a hacer nada demasiado serio hoy. Ha sido un día largo para ambos, creo —estás cansado, yo también, no nos conocemos, y no lograremos nada si nos lanzamos a las lecciones de inmediato. Tal vez, incluso, decidamos que no nos llevamos bien y abandonemos esto. Así que hoy, solo tomaremos una copa y conversaremos.

Quizá Haslush era más inteligente y capaz de lo que Zorian le atribuía. Necesitaba dejar de juzgar a las personas tan rápido. Aunque...

“No consumo alcohol,” advirtió Zorian.

Haslush le dirigió una mirada curiosa. “¿Prohibición religiosa?”

Zorian negó con la cabeza. Nunca fue muy devoto; los dioses habían permanecido en silencio durante siglos, y, desde su perspectiva, eso significaba que o se habían extinguido o habían abandonado a sus criaturas para que se defendieran por sí mismas. Diantres, al escuchar algunas historias de la era de los dioses, no podía evitar pensar que la humanidad estaba mejor sin ellos: tenían una tendencia inquietante a desatar plagas y maldecir ciudades enteras con la más mínima excusa. No creía que fuera una coincidencia que el progreso de la humanidad, tanto social como tecnológico, comenzara solo después de que los dioses guardaron silencio.

"Malas experiencias," dijo simplemente, sin querer profundizar en ese tema.

“Ah,” respondió Haslush, satisfecho con su respuesta. “Está bien, puedes pedir jugo de fruta o algo así. Incluso puedo mostrarte un hechizo que uso cuando estoy de guardia y no quiero ofender a las personas al rechazar una bebida que me ofrecen.”

¡Eso sonaba muy útil! Zorian miró a Haslush, quien interpretó correctamente esa mirada como permiso para continuar.

“Es un pequeño hechizo de alteración que convierte alcohol en azúcar,” explicó Haslush, levantando la mano derecha para mostrar un sencillo anillo de metal en su dedo medio. “Lo tengo grabado en este anillo, así no tengo que lanzarlo de manera visible – lanzarlo a una bebida en público suele ser más molesto que rechazarla abiertamente, créelo o no. Cuando toco el vaso, el

hechizo se activa y la transformación está hecha.”

“Muy práctico,” comentó Zorian con aprecio. Ese hechizo le habría evitado tantos problemas a lo largo de los años. “Pero pensaba que los organismos orgánicos no podían ser modificados mediante hechizos de alteración.”

“Por lo general, no, pero eso se debe a que la mayoría de ellos son increíblemente complejos y poco entendidos, no porque los compuestos orgánicos sean imposibles de replicar,” añadió Haslush, observando los carteles de las tabernas mientras caminaban. Aparentemente, no buscaba solo la más cercana. “Tanto el etanol como la glucosa son moléculas bastante simples y bien comprendidas, por lo que no hay dificultad en convertir una en otra.” De repente, se detuvo frente a un cartel cercano, lo examinó un momento y luego volvió a mirar a Zorian. “Creo que este lugar está bien. ¿Qué opinas?”

Las experiencias de Zorian en tabernas eran muy limitadas y generalmente desagradables, así que simplemente hizo una señal a Haslush para que entraran antes de seguirlo.

No fue tan malo como temía: el interior de la taberna era oscuro, el aire algo viciado, pero las mesas estaban limpias y el ruido era aceptable. Haslush eligió una mesa retirada en una esquina y, tras ambos ordenar sus bebidas, lanzó un hechizo largo y complejo sobre ella. Probablemente un hechizo de protección de privacidad.

Zorian esperaba que el hombre comenzara a interrogarlo en cuanto el hechizo se activara, pero no fue así. Si Haslush lo interrogaba, lo hacía de manera demasiado sutil para que Zorian se diera cuenta. Incluso, ni siquiera le preguntó sobre Daimen, lo cual fue un alivio. Poco a poco, Zorian empezó a relajarse y a hacerle preguntas. Preguntas como: “¿Cómo es que un detective tiene tiempo y ganas de enseñar magia de adivinación a un estudiante de tercer año?”

“Je,” resopló Haslush. “Buena pregunta. Normalmente, esto sería lo último en lo que pensaría, pero ayer mi comandante me dejó un caso muy tonto. Aparentemente, hay un rumor en la ciudad acerca de arañas mentalistas que acechan en las alcantarillas, y tengo que investigarlo.” Frunció el ceño con un suspiro. “Las arañas mentalistas, en serio...” susurró.

Zorian luchaba por no mostrar su sorpresa y, de alguna manera, lograba disimularla — en su mayor parte porque Haslush estaba prestando más atención a su bebida que a él en ese momento. ¿Acaso había iniciado un rumor sin siquiera darse cuenta? Supuso que no debería sorprenderle, puesto que le había contado a Taiven sobre las arañas justo frente a Ima y su hermana; entre Taiven y esas dos, probablemente ya habían difundido la noticia a unas doce personas, al menos.

“De todas formas, después del trabajo, fui a reunirme con mi buena amiga Ilsa para quejarme de nuestros problemas mientras tomábamos unas copas, cuando ella me dijo que tenía dificultades para encontrar un profesor de adivinación para ti. Y en ese momento, me di cuenta de que tengo una solución perfecta para mi problema. Podría transferir el caso a algún otro idiota, ayudar a una amiga en apuros y resolver una larga disputa con mi comandante en una sola jugada. Verás, hace un par de años, los burócratas de Eldemar decidieron lanzar una iniciativa para atraer a más magos interesados en carreras en la seguridad pública. Solo que, en lugar de hacer algo concreto para captar talento, pidieron a los magos que ya estaban en la policía que presentaran la profesión

a magos en formación por su propia cuenta.”

“Ah,” dijo Zorian. “¿Entonces tú generalmente haces cosas así?”

“Sí, pero he estado un poco flojeando en ese aspecto, así que mi comandante no deja de insistirme en que cumpla con mi cuota. ¿Puedes culparme? Nos pagan un extra por hacerlo, pero es una limosna comparado con el esfuerzo.”

“Tú sabes mejor que yo,” encogió Zorian los hombros. “Pero, ¿cómo es que, eh, ‘presentarme la profesión’ te libera del caso de las arañas?”

“No tengo tiempo para hacer ambas cosas,” afirmó Haslush. Frunció el ceño por un segundo y luego sacudió la cabeza, como si quisiera despejarse. “Sí, así es. Esa es mi historia y me apego a ella.”

La conversación se desvaneció después de eso, y Haslush prometió encontrarse con él nuevamente el lunes. Zorian, perdido en sus pensamientos, regresaba a casa de Imaya, preguntándose si algo surgiría de toda la investigación sobre las arañas. Probablemente no, considerando lo en serio que lo tomaba Haslush, pero aún así. Tendría que presionar al hombre para obtener más detalles en unos días.

— descanso —

Zorian golpeaba el suelo con impaciencia mientras esperaba que Imaya abriera la puerta. Tenía la llave de la entrada, pero eso no servía de nada — Imaya tenía la molesta costumbre de dejar la llave puesta en la cerradura, y hoy no fue la excepción. No podía entrar sin su ayuda.

Probablemente le gustaba así.

El sonido de la cerradura girándose volvió su atención a la puerta, que se abrió de golpe revelando a una Imaya con expresión preocupada mirándolo.

“Eh... ¿pasó algo?” preguntó. ¿Kirielle hizo alguna tontería mientras él no estaba?

“Debería ser yo quien pregunte eso,” respondió ella. “¿Dónde estabas? Se suponía que regresarías hace horas.”

“Eh...” balbuceó Zorian. “¿Cuál es el problema? No es como si llegara en medio de la noche o algo así...”

La expresión de fastidio que le dirigía le indicaba que no debería haber dicho eso. Aunque, en realidad, no entendía por qué — no había ninguna regla que dijera que tenía que correr a casa después de clase, al fin y al cabo. En Cirin, sus padres nunca le importó lo que hacía en su tiempo libre, siempre que no descuidara sus obligaciones o los avergonzara en el proceso. Era una sensación extraña que alguien se preocupara por él solo porque no volvió a casa a tiempo.

— Mira, lo siento, pero tuve que reunirme con mi instructor de adivinación después de clase y la reunión se prolongó un poco —dijo él—. En serio, Miss Kuroshka, te vas a poner de los nervios si te pones a hacer un escándalo cada vez que llego tarde de las clases. No es la primera vez que me retienen después de clase, y seguramente no será la última.

Ella suspiró y lo hizo entrar, aparentemente algo apaciguada por sus palabras.

— En el futuro, intenta avisarme cuando llegues tarde —dijo Imaya—. Seguramente hay algún hechizo que pueda enviar mensajes dentro de la ciudad, ¿sí?

Esa había sido una buena idea, Zorian tuvo que admitirlo. — Veré qué puedo encontrar —prometió.

— Bien —dijo Imaya—. Sabes que tu hermana te ha estado pidiendo durante un tiempo, ¿verdad?

Zorian gimió. — Ella no ha sido una molestia, ¿verdad?

— No, ella es un angelito —dijo Imaya, haciendo ademán de ahuyentar sus preocupaciones—. Kirielle pasa la mayor parte del día dibujando, jugando con el cubo mágico que le diste y hablando con Kana. ¿O debería decir que habla con Kana? Juro que esa niña es demasiado silenciosa. Tendré que hablar con Kael sobre ello algún día; no es normal que una niña sea tan reservada...

Zorian asintió en silencio, complacido de que el cubo que había fabricado fuera un éxito. No era nada especial, solo un cubo de piedra con un montón de sigilos que emitían luz, dispuestos en un rompecabezas infantil. Encontró un diseño en uno de los libros que Nora le recomendó cuando aún le estaba enseñando fórmulas de hechizos y decidió que hacer uno sería doblemente útil: le daría algo de experiencia práctica con las fórmulas de hechizos y le daría a Kirielle algo con qué pasar el tiempo.

— Parece que se divirtió hoy —observó Zorian—. ¿Para qué me necesitaba entonces?

Imaya le lanzó una mirada extraña. — Eres su hermano mayor. Ella no necesita una razón especial para extrañarte.

— ¿Y la verdadera razón? —preguntó Zorian—.

— Kana se quedó dormida y tu juguete se quedó sin maná y se quedó inerte —admitió finalmente Imaya tras un segundo de silencio—.

— Ah —asintió Zorian—. Noté que el diseño tenía muy poco almacenamiento de maná, pero no me sentía lo suficientemente confiado para rediseñarlo mientras creaba el cubo. Hay una razón por la cual el cubo tiene reservas de maná tan rudimentarias: las grandes concentraciones de maná tienden a explotar si se manejan de manera inapropiada, y el cubo está destinado a ser una práctica para principiantes. Principiantes que podrían cometer errores en sus primeras intentonas. Considerando los problemas que tuve al simplemente recrear el diseño en el cubo de piedra, sentí que había tomado la decisión correcta al no alterar el diseño base. Solo haré más si Kirielle sigue queriendo jugar con uno. Es buena práctica, de todos modos. —¿No está en su habitación?—

— No, está en tu habitación, leyendo tus libros —dijo Imaya con naturalidad.

El ojo de Zorian se contrajo, resistiendo el impulso de marchar directo a su habitación y echar a Kirielle. En realidad, era afortunado de tener un cuarto propio. Imaya aún no encontraba a nadie dispuesto a alquilar la otra habitación de la casa, y Zorian lo agradecía, pues eso significaba que podía reservarse ese espacio para él. Desafortunadamente, su capacidad para mantener a Kirielle fuera de ella era completamente nula. Kirielle no tenía reparos en entrar y salir cuando quisiera, y Imaya era aún menos propenso a detenerla que su madre en Cirin. Ella parecía encontrar la conducta de Kirielle “algo natural”.

¡Y la pequeña duende lo sabía! Sabía que podía salirse con la suya en casi todo, ya que Imaya la prefería a ella antes que a él, y aprovechaba esa ventaja al máximo. Es por eso que, cuando Zorian entró en la habitación con gran ruido, ella lo ignoró por completo. Estaba recostada en su cama con un libro abierto frente a ella, sus pies descansando cómodamente sobre su almohada. Mientras él la observaba, ella estiró la mano hacia el plato de galletas que Imaya le había traído, con la intención de esparcir aún más migajas sobre sus sábanas.

“¡Oye!” protestó ella. “¡Esas son mías! ¡Consigue tus propias galletas!”

Zorian la ignoró y examinó el plato lleno de galletas que había arrebatado a su pequeña hermana demoníaca. “Sabes, en realidad solo quería captar tu atención y evitar que hagas un desorden aún mayor del que ya tienes, pero se ven bastante apetitosas...”

“¡Nooooo!” gimió Kirielle mientras él abría la boca, amenazando con tragar un puñado de galletas de un solo bocado. Sin embargo, parecía reacia a dejar su cama para recuperarlas. Probablemente sabía que no le permitiría reclamarse fácilmente si ella alguna vez cedía ese lugar, a pesar de ser una duendecilla astuta.

“¿Quieres una oferta?” dijo él, cerrando la boca y devolviendo las galletas al plato. “Te las doy si te encargas de quitar todas esas migajas que has esparcido en mi cama.”

Kirielle rápidamente hizo barridos con sus manos sobre las sábanas un par de veces, empujando las migajas al suelo frente a la cama. Cuando terminó, le regaló una sonrisa traviesa.

“Je, je,” dijo Zorian con poca gracia. “Ahora ve a buscar una escoba y hazlo bien. Comeré una galleta por cada minuto que permanezca este desorden en la habitación.”

Su expresión quedó marcada por una masticación mientras metía una de las galletas en su boca. En realidad, estaban bastante buenas.

Kirielle soltó un grito de protesta y saltó de la cama con fastidio. Intentó infructuosamente recuperar su plato de galletas, pero cuando se dio cuenta de que no podía obligarlo a devolvérselas (y cuando él comió una segunda), salió corriendo a buscar una escoba y una pala. Aparentemente, también se quejó con Imaya, porque varios minutos después apareció con otro plato de galletas, “para que no tuviera que robarle a su hermanita”. En fin.

Lamentablemente, incluso después de que logró recuperar su cama de las garras de Kirielle, ella volvió a su habitación. Actualmente, estaba recostada sobre su pecho, habiendo caído sobre él cuando cerró los ojos por un segundo.

“¿Por qué sigues aquí, Kiri?” suspiró Zorian.

Kirielle no respondió de inmediato, demasiado ocupada en trepar sobre el cuerpo de Zorian como si fuera un objeto inanimado que no sintiese dolor ni incomodidad. Cuando finalmente se acomodó firmemente en la cama, dejando suficiente espacio para ella, habló.

“Estoy aburrida,” dijo. “Por cierto, tu rompecabezas se rompió.”

“ no se rompió,” dijo Zorian. “Simplemente se quedó sin maná. Puedo hacerte uno nuevo mañana, si quieres.”

“Está bien.”

Un breve silencio cayó entre ambos y Zorian cerró los ojos para descansar un poco.

“¿Zorian?” preguntó de repente Kirielle.

“¿Sí?” preguntó Zorian.

“¿Qué es un morlock?”

Zorian abrió los ojos y miró hacia un lado, fijando su mirada en Kirielle con una expresión curiosa.

“¿No sabes qué es un morlock?” preguntó incrédulo.

“Solo sé que son esas personas de cabello blanco y ojos azules,” dijo Kirielle. “Y que no les cae muy bien a los demás. Y que Kael es uno. Pero mi madre nunca quiso decirme qué relación tienen con ellos.”

—¿No lo hizo, verdad? —murmuró Zorian.

—No —confirmó Kirielle—. Ella dijo que una joven como yo no debería hablar de ese tipo de cosas.

Con el fin de evitar una discusión, Zorian se abstuvo de hacer un comentario mordaz acerca de si Kirielle calificaba o no como una dama. Ni siquiera un resuello de burla. Alguien debería concederle una medalla por su autocontrol.

—Básicamente —explicó Zorian—, son una raza de humanos que habitan bajo tierra. Aunque la mayoría ya no vive en las profundidades. La desaparición de los dioses golpeó duramente su civilización, y los otros habitantes de la Mazmorra los empujaron en gran medida hacia la superficie. Los colonos ikosianos, en cierto modo, ayudaron a acelerar el proceso, pateándolos cuando estaban débiles y quemando algunos de sus asentamientos más prominentes.

—Oh —dijo Kirielle—. Pero eso no explica por qué la gente no los quiere. Parece que deberían estar enojados con nosotros más que nosotros con ellos. Y Kael no parece odiarnos.

—Probablemente Kael desconoce por completo su cultura ancestral. Sé que muchos morlocks también lo desconocen. Y la razón por la que la gente no los quiere es que los viejos morlocks tenían costumbres bastante barbaras. Les gustaba sacrificar personas a sus dioses y parecían haber sido caníbales —explicó Zorian.

—¿Caníbales? —gritó Kirielle—. ¿Comían personas? ¿Por qué?

—Difícil decir —encogió los hombros Zorian—. Los colonos ikosianos estaban más interesados en condenarlos por sus prácticas que en entender por qué hacían lo que hacían.

—Bueno, sí, comían personas —dijo Kirielle—. Eso es malvado y repugnante. No me digas que todavía lo hacen.

—No seas ridículo —se burló Zorian—. Las autoridades nunca los dejarían salir con algo así.

—Oh —dijo Kirielle—. Eso es bueno. ¿Es por eso que la gente no los quiere? ¿Temen que los morlocks los devoren?

—Eso también contribuye —suspiró Zorian—. Perdí la cuenta de cuántos rumores he escuchado de que los morlocks secuestran niños en la calle para comérselos o algo por el estilo. Pero hay más. Los morlocks tenían una forma particular de magia, que actualmente está prohibida en casi todos lados, aunque todavía la practican muchos morlocks. La guilda la llama 'magia de sangre'.

—Suen a siniestra —comentó Kirielle.

—Lo es, ¿verdad? —dijo Zorian—. No hay información oficial sobre qué es exactamente la magia de sangre, pero la mayoría cree que tiene que ver con sacrificios. La historia dice que los morlocks podían usar un ritual de asesinato de una persona o animal para potenciar sus hechizos. Los morlocks modernos no pueden matar a un montón de gente a voluntad, pero se dice que aún realizan sacrificios animales, tanto por motivos mágicos como religiosos.

Kirielle se acurrucó más cerca de él, estremeciéndose.

—Me alegro de que Kael y Kana no sean así —dijo.

—Yo también, Kiri —respondió Zorian, acariciándola en la cabeza—. Yo también.

---

Revision #1

Created 22 March 2026 06:13:50 by Robert White Mar

Updated 22 March 2026 06:13:54 by Robert White Mar